

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DIVISIÓN SISTEMA UNIVERSIDAD ABIERTA
LICENCIATURA EN LENGUA Y LITERATURA HISPÁNICAS



SELECCIÓN DE LECTURAS
ENSAYO ESPAÑOL DEL SIGLO XX

María Andueza (comp.)

México



Marzo, 2002

Para cualquier información y comentarios
sobre esta obra comunicarse a:
E.MAIL suafyl@servidor.unam.mx
Visite nuestra página en internet: <http://www.suafyl.filos.unam.mx>

Selección de lecturas de Ensayo Español del Siglo XX

Primera edición: enero de 1997

D.R.© Universidad Nacional Autónoma de México

Cd. Universitaria, C.P. 04510, México, D. F.

DIVISIÓN SISTEMA UNIVERSIDAD ABIERTA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

7° PISO TORRE DE HUMANIDADES I

ISBN 968-36-6205-6

Impreso y hecho en México

Segunda edición: diciembre de 1997

Tercera edición: septiembre de 2001

Cuarta edición: marzo de 2002

Colaboradores de Cómputo SUAFyL

Dora Luz Díaz Cruz

Mónica Rodríguez García

Mónica Sánchez Hernández

*Captura, escaneo, corrección de galeras
y cotejo de originales*

Dora Luz Díaz Cruz

Carlo Salinas Reyes

Diseño editorial y formación

Carlo Salinas Reyes

Coordinador General

ÍNDICE

	Pág.
Presentación	5
UNIDAD 1. HACIA UN CONCEPTO DEL ENSAYO ESPAÑOL	
1.1. José Luis Gómez Martínez. <i>Teoría del ensayo</i>	9
1.2. Eduardo Gómez de Baquero, (Andrenio). <i>El ensayo y los ensayistas españoles contemporáneos</i>	13
1.3. José Ortega y Gasset. <i>Meditaciones del Quijote</i>	15
1.4. Eduardo Nicol. <i>Ensayo sobre el ensayo</i>	17
1.5. Arturo Souto. <i>El ensayo</i>	19
1.6. Pedro Laín Entralgo. <i>Prólogo a José Ortega y Gasset</i>	21
1.7. Alfredo Carballo Picazo. <i>El ensayo como género literario. Notas para su estudio en España</i>	23
1.8. Ricardo Gullón. <i>El ensayo como género literario</i>	27
1.9. Juan Marichal. <i>Teoría e historia del ensayo español. (Introducción)</i>	29
UNIDAD 2. GENERACIÓN DEL NOVENTA Y OCHO	
2.1. Angel Ganivet. <i>Ideárium español</i>	35
2.2. Miguel de Unamuno. <i>En torno al casticismo</i>	37
2.2.1. _____. <i>Vida de don Quijote y Sancho</i>	39
2.2.2. _____. <i>Del sentimiento trágico de la vida</i>	43
2.2.3. _____. <i>La agonía del cristianismo</i>	44
2.3. José Martínez Ruiz (Azorín), <i>Castilla</i>	47
2.4. Ramiro de Maeztu. <i>Defensa de la hispanidad</i>	49
2.5. Antonio Machado. <i>Cancionero apócrifo</i>	51
UNIDAD 3. NOVECÉNTIMO	
3.1. José Ortega y Gasset. <i>Meditaciones del Quijote</i>	57
3.2. Eugenio D'Ors. <i>Nuevo glosario</i>	59
3.3. Gregorio Marañón. <i>Vocación y ética y otros ensayos</i>	61
3.4. Ramón Pérez de Ayala. <i>Las máscaras</i>	65

Pág.

3.5. Manuel, Azaña. <i>Ensayos sobre Valera</i>	69
3.6. Salvador de Madariaga. <i>Ingleses, franceses y españoles</i>	73
3.7. Américo Castro. <i>La realidad histórica de España</i>	77

UNIDAD 4. LA GENERACIÓN ESCINDIDA

4.1. Pedro Laín Entralgo. <i>La generación del Noventa y Ocho</i>	81
4.2. José Luis Aranguren. <i>Estudios literarios</i>	87
4.3. José Ferrater Mora. <i>El mundo del escritor</i>	95
4.4. Julián Marías. <i>Cervantes, clave española</i>	99

UNIDAD 5. ENSAYISTAS DEL EXILIO ESPAÑOL

5.1. Pedro Salinas. <i>El defensor</i>	105
5.2. José Bergamín. <i>El disparadero español</i>	109
5.3. José Moreno Villa. <i>Cornucopia de México y Nueva Cornucopia mexicana</i>	113
5.4. Juan Larrea. <i>Del surrealismo a Machupicchu</i>	117
5.5. Eduardo Nicol. <i>La vocación humana</i>	121
5.6. María Zambrano. <i>Pensamiento y poesía en la vida española</i>	131
5.7. Francisco Ayala. <i>El escritor en su siglo</i>	135

UNIDAD 6. ENSAYISTAS DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

6.1. Juan Marichal. <i>Teoría literaria e historia del ensayismo hispánico</i>	143
6.2. Carlos Castilla del Pino. <i>Cuatro ensayos sobre la mujer</i>	149
6.3. Carlos Bousoño. <i>Teoría de la expresión poética</i>	153
6.4. Tomás Segovia. <i>Cuaderno inoportuno</i>	155
6.5. Jaime Gil de Biedma. <i>El pie de la letra</i>	157
6.6. José Ángel Valente. <i>Las palabras de la tribu</i>	161
6.7. Federico Patán. <i>José de la Colina</i>	165
6.8. Fernando Savater. <i>Panfleto contra el todo</i>	173

UNIDAD CUARTA

LA GENERACIÓN ESCINDIDA

4. 1. Laín Entralgo, Pedro. "El camino hacia dentro", en *La generación del Noventa y ocho*, Madrid, Espasa-Calpe, 1975, pp. 182-193, (Austral, 784).
4. 2. Aranguren, José Luis. "Don Quijote y Cervantes", en *Estudios literarios*, Madrid, Gredos, 1976, Biblioteca Románica Hispánica, pp. 94-112, (Estudios y Ensayos, 242).
4. 3. Ferrater Mora, José. "El escritor y sus mundos", en *El mundo del escritor*, Barcelona, Crítica, 1983, pp. 15-23.
- 4.4. Marías, Julian. "Soldado y escritor: la evasión y el recuerdo", en *Cervantes, clave española*, Madrid, Alianza Editorial, 1990, pp. 131-139, (LB, 1501).

4. 1. LA GENERACIÓN DEL NOVENTA Y OCHO

Pedro Laín Entralgo
(1908-)

EL CAMINO HACIA DENTRO

Situémonos imaginativamente en los años terminales de nuestro siglo XIX. España va mal. Los espíritus más delicados y avizores han comenzado a sentirlo en medio del optimismo bobo que impera durante la Restauración; el desastre de 1898 lo demuestra con dolorosa patencia a los más ciegos. Y si España va mal, ¿qué deberá hacerse para remediar sus males? Cada esquina de España oculta un terapeuta de la dolencia patria y las recetas menudean y circulan tanto como los vencesajos en los cielos del estío. Es, ya lo sabemos, la época de la «regeneración».

Es muy diverso el contenido de las recetas regenerativas. En algo coinciden, sin embargo, todas o casi todas ellas. Casi todas proponen que España cambie de ocupación y se entregue a las empresas con que entonces se ve prosperar a los pueblos: reconstrucción agraria, reforma de la enseñanza, industrialización, ordenación social justa, trabajo callado, etc. Si hasta entonces España ha pensado preferentemente en la acción exterior, continuando por inercia y sin grandeza su pasado de nación conquistadora, ahora deben pensar los españoles en los quehaceres domésticos que despreciaron, en el riego de sus campos, en sus escuelas, en la repoblación de sus bosques talados. Nacen así los lemas de la época: «escuela y despensa», «doble llave al sepulcro del Cid», «europeización», etc. Señálanse a España, en suma, nuevos quehaceres externos y se indican las nuevas metas de su operación. Frente a esta tendencia «hacia afuera», irán levantando los soñadores del 98 su tendencia «hacia dentro».

Hay un hecho sobre manera significativo. El artículo que encabeza el primer número de la revista *Alma Española* es de Galdós y se titula «¡Soñemos, alma, soñemos!» Pronto se hará famoso este artículo. También Galdós quiere soñar y exalta la necesidad que los pueblos tienen de «un ensueño constitutivo y crónico».

¿En qué consiste el sueño de Galdós? Su ensueño, su modesto ensueño —Valle-Inclán llamará a Galdós, en un esperpento, *el Garbancero*, Baroja le juzga diciendo que «no había en él la más ligera posibilidad de heroísmo»—, no es utopía de soñador, sino providencia doméstica:

Galdós se limitará a prescribir con cierto calor oratorio los quehaceres que antes habían aconsejado los arbitristas de la regeneración.

No menos expresivas del contraste entre los hombres de la generación que llamamos del 98 y los que les anteceden son las contestaciones a la encuesta— «enquesta», diría Unamuno— abierta por *Alma Española*, acerca del porvenir de España y las condiciones de su engrandecimiento. «¿Dónde está el porvenir y cuál debe ser la base del engrandecimiento de España?», preguntaba la revista. Tomemos dos respuestas muy características e igualmente señeras: la de Cajal y la de Unamuno. Cajal contestó con la frase que tantas veces hemos visto reproducida sobre un retrato suyo, en que aparece, proveyo ya, sentado ante el microscopio de su titánica labor: «Cultivar intensamente los yermos de nuestra tierra y de nuestro espíritu...» Propone Cajal, en suma, aprovechar los ríos y las inteligencias.

A Unamuno le parecen demasiado obvias y superficiales todas esas recetas. Comienza diciendo: «Me parece imposible responder bien a esta pregunta... El porvenir de España... no puede estar en un punto determinado ni puede responder un espíritu amplio que esté aquí o allí. Eso queda para los sectarios, sean del género que fueren...» Bien se le alcanza que España «necesita adquirir hábitos de trabajo, ahogar el espíritu de medicancia que nos corroe, aplicarse a industrias y rehacer la instrucción en sentido más práctico»; pero —añade— «ni esto basta, ni eso puede ser la base de nuestra renovación». No, no es ese el verdadero camino. Nuestra sacudida vital debe ser «de orden espiritual, y más aún de orden religioso. El que no se ejercita a establecer por sí y ante sí, de un modo cualquiera, sus relaciones con el cielo... apenas logrará fijar sus relaciones con el mundo, mediante el trabajo». De ahí la tajante conclusión de Unamuno: «Creo que será engañoso y sólo aparente todo engrandecimiento futuro de España que no se base... en un modo de concebir y sentir la vida religiosa y la libertad de la conciencia cristiana, enteramente distinto del modo como hoy la conciben y sienten los más de los españoles.» Seis años antes, en 1897, había escrito Unamuno a *Azorín* palabras que ya conocemos y que

conviene ahora repetir: «No espero nada de la japonsización de España... Lo que el pueblo español necesita es cobrar confianza en sí mismo, aprender a pensar y sentir por sí mismo, y no por delegación, y, sobre todo, tener un sentimiento y un ideal propios acerca de la vida y de su valor.»

Las dos respuestas son típicas. Cajal, representante ahora de todos los regeneradores que anteceden al grupo del 98, da recetas pertinentes al quehacer externo de los españoles. Unamuno, adelantado y primogénito de su generación, pide algo muy distinto: cifra la renovación de España en una remoción íntima de los españoles —espiritual, religiosa—, y en la consecución de un sentimiento y un ideal de la vida auténticamente nuestros, rigurosamente propios de España. Cajal propone a los españoles *quehaceres externos* distintos de los anteriores; Unamuno exige una suerte de previa *conversión religiosa*, una *metánoia* española por autovisión de la propia intimidad. «Interiorismo» he llamado en alguna ocasión a esta consigna de la generación del 98. Para que los españoles puedan hacer algo, es preciso que empiecen por conocer la arcana verdad de su propio ser, velada por los cendales de la historia, y sepan fundar sobre ella una visión del mundo original y fecunda.

Esta proposición de Unamuno va a ser el tema de su generación. Mas ya sabemos que los grupos generacionales son constitutivamente indefinidos, y uno de los modos de indefinirse atañe a los temas en que sus hombres se ocuparon. «No hay actitudes ni temas rigurosamente privativos de la generación del 98», dije en una de las páginas iniciales de este libro; y si uno se decide a indagar con atención los precedentes de la consigna interiorista, verá confirmado tal aserto. Interiorista fué, a su modo, Joaquín Costa el tonante ibero. «Europeización, pero sin desespañolizar», clamaba Unamuno ha visto con gran agudeza el tremendo contrasentido de Costa, “uno de los españoles más antieuropeizantes” —más iberizantes, más castizos en el modo de ser y más casticistas en el de penar— metido a apóstol de la europeización de España. Los trabajos científicos de Costa, si cabe llamarles así (sus investigaciones sobre literatura y mitología celtohispanas, sus estudios en torno a la historia de nuestro Derecho), se proponían en último extremo determinar “científicamente” la peculiaridad castiza de la vida española. “El español —escribió Costa— penetra dentro de sí propio y encuentra por ventura que lleva un hombre en potencia, cabalmente el hombre que nos hace falta.” La frase es reveladora. Costa, que en más de una ocasión expuso la necesidad de volver a los Reyes Católicos, pretendía descubrir lo que en la vida de España es radicalmente casti-

zo y zambullir luego al español en los senos mismos de su propia peculiaridad, a fin de que se hiciese actualidad operante —*energía*, diría un aristotélico— el hombre que en potencia lleva dentro de sí.

Interiorista fué también Menéndez Pelayo; interiorista a través de la historia, si se quiere mayor precisión. Quiso don Marcelino —en su mocedad sobre todo— que los nacidos en España volviesen a ser españoles genuinos. ¿Cómo? Ya conocemos su receta: desempolvando los libros de nuestra gran época e impregnándonos del espíritu que en ellos late. El interiorismo de Menéndez Pelayo postula una reconquista de nuestro espíritu, corrompido por la extranjerización de España en los siglos XVIII y XIX, mediante el recuerdo de nuestras olvidadas creaciones intelectuales y artísticas. Quiere Menéndez Pelayo, en suma, que los españoles se metan en sí mismos por la vía de su propia historia.

Más o menos deliberadamente, en esta línea se sitúan los jóvenes del 98. Todos ellos van a ser interioristas, cada uno a su modo. Pero el interiorismo de la generación del 98 su tendencia a buscar la autenticidad de España dentro de España misma, tendrá un matiz original. Frente al toscó, seudocientífico e iberizante interiorismo de Costa, el suyo será o pretenderá ser delicado, poético y humano; frente al interiorismo historicista de Menéndez Pelayo, ellos postularán otro más íntimo aún, intrahistórico, por usar la consabida expresión unamunesca. No en vano son más soñadores que demagogos; y llegan al mundo de su ensueño, no lo olvidemos, heridos por la historia que han visto, enemistados contra la idea misma de la Historia.

Desde sus primeros escritos proclamó Unamuno la consigna interiorista. Conocer a España sería la primera obligación de los españoles y tal vez la más incumplida: “España está por descubrir —decía— y sólo la descubrirán españoles europeizados. Se ignora el paisaje, el paisanaje y la vida toda de nuestro pueblo”; en España —añade, poco después— el pueblo es masa electoral y contribuible. Como no se le ama, no se le estudia, y como no se le estudia, no se le conoce para amarle». A través del pueblo y no de la nación, de la intrahistoria y no de la historia, pretende Unamuno llegar a la verdadera intimidad de España; quiere, según sus palabras, “descender, desnudo de toda visión histórica, a nuestro profundo seno”. Acompañemos a don Miguel en su descenso a las profundidades de España.

Es el nuestro un viaje de exploración. Distingamos en él, en consecuencia, los cuatro momentos que en toda exploración cabe distinguir: el punto de partida, el método de la penetración, la meta del descenso y el contenido de nuestro hallazgo. Más concisamente: de dónde parte Unamuno, a dónde va, cómo va y qué encuentra a su llegada.

Parte Unamuno de la situación histórica en que vivió. Más exactamente aún, de la idea que de España tenían los españoles en aquella situación histórica. Cree don Miguel que los españoles desconocen a España, a lo cual contribuyen dos causas: su escasa atención a la realidad viva de nuestra Patria y el convencimiento tópico de que a los pueblos se les conoce por su historia visible y relatada. A la desatención de los demás opondrá Unamuno el amor, un nuevo modo de amar a España; al historicismo retórico y consueto, un nuevo método de conocimiento.

El método de que se vale Unamuno para descender a la intimidad genuina de España consiste en estudiar amorosa y poéticamente los tres elementos de nuestra verdadera peculiaridad: el paisaje, el paisanaje y las creaciones no intelectuales de nuestro espíritu. La vivencia del paisaje español se convierte así en un imperativo patriótico; la contemplación de la tierra se trueca en “lección de patriotismo”, según expresión del propio Unamuno en *Andanzas y visiones españolas*. Luego expondré lo que Unamuno encuentra siguiendo esta vía de la emoción telúrica.

Del paisanaje estudia la costumbre y, sobre todo, el lenguaje vivo. Recuérdesse, por lo que toca a la costumbre, lo dicho en un capítulo anterior. Pero en lo que Unamuno ha puesto más ahinco, según su propia declaración “es en sacar a ras de lengua escrita voces de la lengua corrientemente hablada, en desentonañar y desentrañar palabras que chorrean vida según corren frescas y rozagantes de boca en oído y de oído en boca de los buenos lugareños de Castilla y de León”. Así entiende don Miguel la palingenesis de España por que entonces tanto se clamaba. Es a esto a lo que llama reiteradamente “chapuzarse en pueblo”, sumergirnos en nuestro plasma germinativo —¡otra vez la sugestión del pensamiento biológico!—, aprender del pueblo: “para enseñar al pueblo hay que aprender primero de él”, reza un mandamiento muy unamuniano y aun de toda la generación del 98. Chapuzándose en pueblo, a la vuelta de su excursión juvenil por los campos del pensamiento europeo moderno, habría descubierto Unamuno y tomado gusto “a nuestra vieja sabiduría africana, a nuestra sabiduría popular”. En otro apartado veremos lo que para Unamuno es y puede ser esta sabiduría popular que nos enseña el paisanaje de España.

Tercera vía de acceso a nuestra intimidad genuina es el estudio interpretativo y poético —soñador, en último extremo— de las creaciones no intelectuales de nuestro espíritu. Las intelectuales no sirven, porque la inteligencia razonadora es cosa externa, formal, de superficie, y sus productos moneda intercambiable entre todos los hombres.

El arte, en cambio, «parece ir más asido al *ser* y éste más ligado que la mente a la nacionalidad»; y quien dice el arte, dice también las obras nacidas de la actividad no racional de nuestro espíritu, como la mística. Será Unamuno fiel a su programa. Reiteradamente, a lo largo de muchos años ha intentado llegar a nuestra “primitiva e íntima esencia”, como él dice, por el camino de nuestras creaciones artísticas y religiosas. Bien conocida es su técnica, tan viva y personal. Mediante un proceder entre positivo y poético —ensamblando textos y soñando poéticamente sobre ellos—, interpreta las grandes creaciones espirituales de nuestra casta: Don Quijote, Segismundo, el Cristo de Velázquez, la obra de San Juan de la Cruz, de Santa Teresa y de San Ignacio. Quede para luego la tarea de dar cabal explicación a los resultados de su ensueño interpretativo.

Tras el “de dónde” y el “cómo”, y el “a dónde”. ¿A dónde quiere llegar Unamuno en su aventura exploratoria? Ya lo sabemos: a la intimidad verdadera de España, a nuestra “primitiva e íntima esencia”. Pero esto no pasa de ser un rótulo indicador. Tratemos de ver en qué consiste, dentro del pensamiento de Unamuno, esa primitiva e íntima esencia de España.

Llega Unamuno, según él mismo nos dice, a nuestra intrahistoria, y en ella se le revela lo que en varias ocasiones llama la “casta íntima” de España, por oposición a la ocasional y mudadiza “casta histórica” de los casticistas superficiales. Es “el nimbo colectivo, la hondura del alma común en que viven y obran todos los sentimientos, deseos y aspiraciones que no encuentran en forma definida la verdadera subconciencia popular”. En otro lugar define a la casta íntima como una “constitución interna”, entendida transponiendo a la intrahistoria y al futuro la idea de aquel “contrato social” que Rousseau vió —erróneamente, según Unamuno—, en la Historia y en el pasado: “porque hay en formación, tal vez inacabable, un pacto inminente, un verdadero contrato social intrahistórico, no formulado, que es la efectiva constitución interna de cada pueblo”. Por imperativo de nuestra “constitución interna”, “casta íntima” o “subconciencia popular” tendríamos los españoles nuestra peculiaridad y seríamos esencialmente ajenos, en consecuencia, al espíritu que suele llamarse europeo y moderno. “¿No será cierto —se pregunta Unamuno— que, en efecto, somos los españoles, en lo espiritual, refractarios a eso que se llama cultura europea moderna?” Y a solas con su conciencia, se responde: “No, no eres europeo, eso que se llama ser europeo; no, no eres moderno, eso que se llama ser moderno.”

Pero Unamuno no es nacionalista, aunque sienta de modo tan esencial su condición de español. Él es y quiere ser hombre, nada más y

nada menos que hombre. Por eso no hace de la casta íntima un casticismo estrecho y aislacionista, sino, mucho más generosamente, un modo de ser hombre. En cuanto los españoles sepamos serlo de veras, alcanzaremos la gloria de ser hombres verdaderos: tal es el lema del casticismo humanista de Unamuno. Aspira a fundir en unidad viva el “amor al campanario” y el “amor a la patria universal humana” y quiere hallar “la humanidad en nosotros”, no la abstracta humanidad de los racionalistas y jacobinos, sino la que en todo instante está haciéndose vida a través de la casta: “Humanidad, si, universalidad — dice—; pero la viva, la fecunda, la que se encuentra en las entrañas de cada hombre, encarnada en raza, religión, lengua y patria, y no fuera de ellas, no en el abstracto contratante social de los jacobinos.” A fuerza de ser esencialmente españoles lograríamos ser humanos, universales y eternos: “La tradición eterna española, que al ser eterna es más bien humana que española, es la que hemos de buscar...”, postula con manifiesta reiteración; y debe ser así, porque, según la metafísica de Unamuno “lo absolutamente individual es lo absolutamente universal”. Ahondando en la España íntima llegaríase, en fin, a la “España celeste”, porción de la Jerusalén celestial dentro de la teología unamuniana de la Historia.

Adentrándose en España, quiero decir, soñando por la triple vía del paisaje, del paisanaje y de nuestras creaciones espirituales, llega Unamuno a la hombreidad y a la Divinidad, según la idea unamuniana de hombre y de Dios. Con lo cual conocemos ya el “de dónde”, el “cómo” y el “a dónde” de su viaje a los senos de nuestra vida humana y española. Queda por indagar el contenido de su hallazgo o, si se quiere, la figura de su España soñada. No tardaremos en verla ante nuestros ojos.

El interiorismo de Ganivet ha sido expresado por él en unas palabras famosas: “Una restauración de la vida entera de España no puede tener otro punto de arranque que la concentración de todas nuestras energías dentro de nuestro territorio. Hay que cerrar con cerrojos, llaves y candados todas las puertas por donde el espíritu español se escapó de España para derramarse por los cuatros puntos del horizonte, y por donde hoy espera que ha de venir la salvación; y en cada una de esas puertas no pondremos un rótulo dantesco que diga *Lasciate ogni speranza*, sino este otro más consolador, más humano, muy profundamente humano, imitado de San Agustín: *Noli foras ire; in interiore Hispaniae habitat veritas.*” Propugna Ganivet en estas líneas un interiorismo político, operativo; y es, sin duda, la fuerza de su propio mandamiento la que le conduce a ejercitar su interiorismo contemplativo y definidor. Él piensa y sueña, no lo legisla.

En el capítulo precedente expuse los caminos del interiorismo contemplativo de Ganivet, tan próximos a los que Unamuno sigue. Basta con lo que allí dicho. Aquí me limitaré a mostrar la leve diferencia que, dentro de su indudable y profundo parecido, existe entre el interiorismo de Ganivet y el de Unamuno.

Me servirá para ello el fragmento de Ganivet antes transcrito. Dice el granadino, imitando a San Agustín: “*Noli foras ire; in interiore Hispaniae habitat veritas.*” Pero no es eso lo que San Agustín enseña en su archifamoso texto. He aquí sus palabras: “*Noli foras ire, in te ipsum redi: in interiore homini habitat veritas; et si animam mutabilem inveneris, transcede te ipsum*” (de vera rel., 39, 72). No dice San Agustín que la verdad habita “en el interior” (in interiore homine), conforme a la antropología paulina. Si Ganivet hubiese imitado fielmente a San Agustín, debería haber dicho que la verdad habita “en la España interior” (in interiore Hispania) y no “en el interior de España” (in interiore Hispaniae).

¿De qué depende ese levísimo trueque? ¿Es un error o se debe a un deliberado propósito de Ganivet? No lo sé. Sea, empero, errónea o deliberadamente la mudanza, muestra con bastante nitidez el decisivo matiz que separa al casticismo de Ganivet del casticismo de Unamuno. Unamuno busca la verdad de España en la España interior, intrahistórica; y como no quiere descansar sobre lo mudable, sino en lo eterno, sigue el consejo del texto agustiniano y la trasciende, hasta llegar a la eternidad viva y sobrehumana de una platónica “España celeste”. Ganivet, fiel a su errónea versión de San Agustín, trata de hallar nuestra verdad en el interior de España, en un “eje diamantino” o “nucleo virginal” subyacente a las vicisitudes de nuestra historia y ajeno a ellas. Según Unamuno, la “casta íntima” o “tradición eterna” de España se iría *haciendo* inacabable, hasta la anacefaleosis final; dentro del implícito pensamiento de Ganivet, la casta española se va *desplegando* con mayor o menor fidelidad a sí misma, según hayan sido y sean los azares exteriores de la historia de España. Ganivet es, en sustancia, mucho más casticista que Unamuno.

En el capítulo *De la acción al ensueño* he relatado la fugaz aventura “regenerativa” de *Azorín*. Baroja y Maeztu. El panfleto que los tres redactaron en 1897 proponía, como los de Costa, Galdós y Macías Picavea, reformas agrarias e hidráulicas, repoblación de montes, todo el programa consabido. Ya sabemos cuál fué la contestación de Unamuno: “Lo que el pueblo español necesita es aprender a pensar y sentir por sí mismo, y tener un sentimiento y un ideal propios acerca de la vida y de su valor.”

Esta incitación prende sin demora en el ánimo de todos. Pronto juzgarán tarea mucho más importante conocer la verdad de España y darla a conocer a los españoles, que embarcar a éstos en los quehaceres domésticos de la regeneración. Las páginas de senectud que dedica *Azorín* a vindicar la hazaña de su generación expresan nítidamente su rápido giro hacia el interiorismo teorético y sentimental: “Estaba ya descubierto el paisaje de España, y estaban descubiertas las viejas ciudades y las costumbres tradicionales —escribe *Azorín*—, Pero nosotros hemos ampliado esos descubrimientos y hemos sabido dar entonación lírica y sentimental a cosas y hombres de España... Lo que los escritores del 98 querían era, no un patriotismo bullanguero y aparatoso, sino serio, digno, sólido, perdurable. A ese patriotismo se llega por el conocimiento minucioso de España. Hay que conocer —amándola— la historia patria. Y hay que conocer —sintiendo por ella cariño— la tierra española.” “En parte alguna de Europa —añade poco después, comentando el libro *Los males de la Patria*, del ingeniero Lucas Mallada— tienen las cosas tan definida y fuerte personalidad como en el desierto de España.”

No abandona *Azorín* sus predicaciones en pro de la reforma interior española. En varios de sus libros —*Antonio Azorín*, *Los pueblos*, *La ruta de Don Quijote*— clama y clama por la transformación de nuestra arcaica agricultura, por la industrialización de España, por el mejoramiento de la vida rural española. Poco a poco, sin embargo, va siendo más fiel a la condición ensoñadora de su espíritu, y su actitud ante España será el puro interiorismo contemplativo. La visión estética del paisaje y la rememoración de nuestra historia, según la técnica evocativa que antes mostré, son los métodos más empleados por *Azorín* para llegar a la intimidad de la vida española. Pronto contemplaremos nosotros lo que en ella descubre.

También Baroja ha confesado abiertamente su interiorismo. En su conferencia *Tres generaciones* describe la suya, la de 1898, aunque él prefiera atenerse a la fecha de nacimiento —como Pinder— y la llame “de 1870”. Los hombres que la componen fueron, según él, “tristes, intelectuales y sin brío”, mucho más dados a la lectura y a la utopía que a la acción. Frente a la retórica insincera y vacua de la generación anterior, ésta, la de Baroja, “pretendió conocer lo que era España...”; a fin de siglo “se saltó por encima de la generación anterior y se buscó el formarse una idea de lo que era España dentro de sí misma”. No cabe una definición más precisa de lo que vengo llamando interiorismo contemplativo de la generación del 98.

Los escritores del 98, añade Baroja descubriendo la raíz de su co-

mún actitud ante España, “estarán siempre ansiosos de encontrar lo típico y característico”, lo cual sólo puede alcanzarse, en su opinión, emocionándose ante la tierra, conociendo la vida popular, contemplando inteligentemente las creaciones artísticas de cada país. Antes aduje más de un texto demostrativo de la postura barojiana. “La universalidad —repite en sus *Divagaciones sobre la cultura*— estará bien en la ciencia, en las leyes generales, en aquello que sea ampliamente humano; la particularidad, en el canto, en el arte, en el baile. Todo lo puramente lógico puede ser internacional; todo lo sentimental, lo efusivo, nacional o regional

La obra científica es, pues, por su carácter, universal, y no puede suponérsela, después de creada, nacional o regional; en cambio, la obra artística es siempre nacional, aunque pueda llegar por su intensidad o por su belleza a universalizarse.”

No es difícil percibir la gran semejanza que existe entre estas ideas de Baroja y el pensamiento de Unamuno. También Baroja cree que el arte parece más ligado que la mente a la nacionalidad. Pero si la obra artística alcanza una especial intensidad, entonces logra la merced de universalizarse. Esa “intensidad” de que habla Baroja equivale, dentro del pensamiento de Unamuno, a la “profundidad” transhistórica —eterna, universal, humana— de las obras de arte en verdad geniales. A fuerza de ser español sería Don Quijote genéricamente humano: “de puro español.. pertenece Don Quijote al mundo”, dice Unamuno; lo cual puede suceder porque el genio creador es “lo universal revelándose en lo individual y en lo temporal lo eterno”. Baroja se contenta con decir que la obra de arte especialmente “intensa” se universaliza; Unamuno, más profundo y caviloso, se planteará el problema metafísico y el problema teológico de esa universalización.

El paisaje de España, la costumbre popular y las creaciones artísticas son los caminos que recorre Baroja —como Unamuno, Gánivet y Azorín— para formarse una idea de lo que es España dentro de sí misma, una de las empresas por él atribuidas a toda su generación. También Baroja es interiorista.

Como lo son, a su manera, Valle-Inclán y Antonio Machado. Lo es Valle-Inclán por la vía de la especulación estética. En *La lámpara maravillosa* nos cuenta que su intención artística más honda fué siempre mostrar cómo debajo del tiempo se halla siempre, engendrándolo, la eternidad: “quería advertir en la vana mudanza del mundo la eterna razón que lo engendra en cada instante, creando la divina identidad de todos los ayeres con todos los mañanas. Fué una áspera disciplina hasta encontrar la norma estética por el mismo sendero que conduce a la

beata quietud. Estaba solo, sin otra alma que me adoctrinase...” Dióse a estudiar las obras de arte, y halló que no otro era el secreto último de Velázquez, y aun de todo el arte español: “el vasto pincel velazqueño difunde todas las imágenes en la luz y las aleja en el espacio revistiéndolas de un encanto quietista, como lo hace la memoria al evocar las imágenes alejadas en las horas...” El arte de Velázquez consistiría en saber enlazar el momento que pasa y el que se anuncia, y su recurso sugerir la eternidad íntima mediante una quietud visible, pintada en el lienzo. “Enlazar las horas”, llama Valle-Inclán a esta genialidad estética. He aquí cómo expresa el contraste entre el arte griego, el florentino y el español: “El griego enlaza las formas contrarias. El florentino, los movimientos. El español, las horas.”

Para buscar su propio camino estético el método de Valle-Inclán ha consistido, entre otras cosas en meterse dentro del arte español, y el arte le ha conducido hasta lo que Unamuno llama “nuestra primitiva e íntima esencia”. La palabra literaria y el paisaje, conexos entre sí en la estética valle-inclanesca, constituyen la segunda de las sendas que Valle-Inclán prefiere. Pronto veremos por qué y cómo.

Paisaje y poesía son también los senderos preferidos por el interiorismo de Antonio Machado. La tierra de España y la obra poética de los españoles le permiten soñar una interpretación de España:

¡Oh tierras de Alvargonzález,
en el corazón de España,
tierras pobres, tierras tristes,
tan tristes que tienen alma!

¿No es el alma de España esa que el poeta cree adivinar bajo la tristeza de las tierras sorianas?

Esta tendencia que he llamado interiorista fué, quizá, la nota dominante en la situación histórica de España que antecede y subsigue al desastre de 1898. “España debe volver a sí misma” plañían todos: Menéndez Pelayo, Costa, Cajal, Silvela, Polavieja, los literatos del 98. Interiorismo puro fué, en su raíz, la idea del abandono de Marruecos, tan difusa entonces en España y tan propugnada, entre otros, por don Miguel Primo de Rivera, coetáneo riguroso de los escritores que componen la famosa generación. Lo propio de éstos no fue, en consecuencia, ser interioristas, sino haber cultivado un interiorismo contemplativo, poético, soñador. Acabo de indicar los caminos principales de su ensueño. Veamos ahora el término a que el ensueño llega.

LAÍN ENTRALGO, Pedro. “El camino hacia dentro”, en *La generación del noventa y ocho*, Madrid, Espasa Calpe, 1975, pp. 182-193, (Austral, 784).